

los periódicos de Madrid, y no pasó día sin que los de provincias apareciesen, ya en un punto, ya en otro, con sus columnas en blanco.

Por este tiempo comenzaron á circular rumores de conspiraciones y anuncios intencionadamente exagerados de próximos trastornos: era indudable que se conspiraba en varios sentidos; pero difícilmente habria podido llevarse á cabo una revolucion propiamente dicha, por la dificultad de arrastrar hácia ella á la masa general del país, que si bien se hallaba descontenta, no solo por la marcha política que se habia emprendido, sino tambien por la reciente agravacion de los impuestos, y en particular del de consumos, que coincidia con una prolongada y angustiosa situacion económica, mostrábase reacia y hasta resistente á toda perturbacion del orden, por el temor fundado de que sobrevinieran mayores males.

Atribuíanse, sin embargo, planes turbulentos á los demócratas y progresistas; y estos á su vez acusaban á los vicalvaristas de ser los verdaderos conspiradores. Decíase en voz baja que el general O'Donnell y sus adictos pretendian dar un golpe como el de 1854, y dueños del poder y de la fuerza, imponer á la Reina la abdicacion, proclamar al Príncipe de Asturias y establecer una regencia. Susurrábase por otra parte, que los progresistas proyectaban un cambio dinástico, aspirando á realizar la union ibérica; y mientras corrian estos y otros rumores alarmantes, suscitábase la cuestion de la venida á España de la Reina Cristina, bien vista por aquellos, y fuertemente resistida por los unionistas. Por otra parte, disponíase un viaje del Rey consorte á París, con el objeto ostensible de devolver la visita de atencion hecha el año anterior á la Reina de España por la emperatriz Eugenia; pero, segun todas las apariencias, para sentar los preliminares de una estrecha alianza entre las dos casas reinantes á entrambos lados de los Pirineos.

Todos estos planes se hallaban envueltos en el misterio, y por lo mismo excitaban más vivamente la atencion pública. Hoy mismo, faltos de documentos en que apoyarnos, no podemos hacer más que someras indicaciones, que otros más afortunados podrán esclarecer en su día.

En cuanto á los rumores de trastornos, eran tan graves y tan insistentes, que un periódico muy autorizado por su carácter formal, y por sus afinidades unionistas, *El Diario de Barcelona*, se creyó en el caso de dirigir consejos al Gobierno, en un notable artículo, que pintaba muy bien la situacion, y contenia importantes declaraciones.

No ponía en duda el decano de la prensa barcelonesa que se conspiraba. “¿Cuán-

do y dónde no se ha conspirado? añadía. Hay en toda sociedad política gentes descontentas de su suerte, que esperan mejorarla en un cambio cualquiera..... Hay tambien quien toma el oficio de conspirador como medio de qué vivir, explotando á los inocentes; como especulacion inícuca, vendiendo á los incautos..... Con estos solos elementos jamás se llevaron á cabo las revoluciones, y ahora menos que nunca es posible que en España se altere seriamente el orden por tales medios.....

“En España.... el gran revolucionario, el revolucionario temible es la opinion pública, la opinion de las clases conservadoras. Y el poderoso instigador, el infatigable provocador de las revoluciones, el que convierte en revolucionarias á las clases conservadoras, *son casi siempre los gobiernos; á pesar suyo, contra su voluntad, en su daño muchas veces, pero generalmente por obra suya.*”

Mostrábase en seguida poco seguro de la fidelidad del ejército; pero aseverando que no basta que se rompan los lazos de la disciplina para que una revolucion triunfe, siendo necesario para ello que la opinion pública esté en el campo de los sublevados; y citaba en apoyo de su opinion las fechas de 1854 y 1856, despues de lo cual decia:

“¿De qué se trata ahora? Dicen que *de un cambio dinástico*: la idea es absurda, imposible. ¿Por qué y para qué ese cambio? Suponer al pueblo español, á la generacion presente, capaz de tamaño despropósito, seria lo mismo que declararlo demente.

“¿Serán los carlistas los que tal pretenden, despues de tres tentativas desgraciadas y una ridícula, y cuando carecen de príncipe para sentar en el trono de España? ¿Será el partido liberal?... *Nos calumnian infamemente los que nos creen capaces de tan negra ingratitud* con la que abrió á nuestros padres las puertas de los calabozos ó de la emigracion; los que nos juzgan capaces de faltar á nuestros más sagrados juramentos..... Si cupiera en nosotros tamaña felonía, mereceríamos que las mujeres españolas, anticipándose á la historia, nos arrojaran de este suelo de la hidalguía, marcando antes nuestras frentes con el sello de la infamia.

“¿Qué importa que algunos aventureros políticos, que algunos hombres de mezquinas pasiones fragüen en oscuros clubs la ruina y degradacion de nuestra patria? Una nacion entera no se deja arrastrar por tales gentes al abismo de lo desconocido.

“Pero seamos francos, seamos explícitos hasta el fin; y despues de desvanecer los temores infundados, no alimentemos ilusiones engañosas. Lo que hoy no es pro-

bable, lo que hoy no es posible, *puede provocarlo una Administracion desatentada..... Cuando á los pueblos se les irrita con la injusticia, se les provoca con el escándalo, se les exaspera con el sufrimiento, se borran en ellos todos los sentimientos, hasta el de conservacion propia; y ofuscada, ciega su razon, no retroceden ni ante el suicidio. Esto no puede ser obra sino de gobiernos imprudentes y prevaricadores.*»

Declaraba luego no ser amigo ni enemigo del Gabinete; que fueran cuales fuesen sus errores, *deseaba su enmienda*, mas no su caida, y que por varias consideraciones nada diria que pudiera redundar en su desprestigio. “Pero sobre aquellas consideraciones (añadia) está nuestro amor al país y al trono constitucional de doña Isabel II, y *ese sentimiento nos obliga á dar al Gobierno una voz de alerta, á señalarle la mala senda en que ha entrado, y por la cual se deja arrastrar ciegamente.*»

Hablando de Cataluña, decia que á pesar de lo mucho que este país sufría por efecto de la crisis fabril y monetaria, conllevaba su malestar con resignacion y á costa de inmensos sacrificios, sin que por esto peligrase el orden público, además de que el levantamiento del estado de sitio habia librado á Cataluña de un elemento constante de perturbaciones. “Pero (continuaba) las ventajas del levantamiento del estado de sitio van desapareciendo; *porque al prurito invasor, tiránico, perturbador de los Capitanes generales se ha sustituido el de la Administracion, cada dia más absorbente, avasallador é inquisitorial.....* El celo de los gobiernos es un peligro permanente, y la Administracion es siempre rebelde á las lecciones de la experiencia. Cuando una dosis de tiranía pone enfermos á los pueblos, siempre se cree que se pecó de parsimonioso, y se dobla la cantidad. Hé aquí una de las causas de nuestro malestar, á la que no se resigna Cataluña.

“Nadie duda de la moralidad de los ministros; ni una sospecha se levanta contra su patriotismo; pero seria peligroso abusar de este favor, de esta justicia de la opinion pública.... Ello es que, á pesar de la intachable moralidad de los consejeros de la Corona, *se está respirando una atmósfera de inmoralidad que nos tiene disgustados;* ello es que los ánimos soliviantados empiezan á buscar *analogías entre el estado presente y otros de triste recordacion;* ello es que *el Gabinete dispensa singularísimos favores á hombres que los sublevados de Vicálvaro condenaban á la execracion pública;* ello es que, al par que aumentan las contribuciones directas, disminuyen las indirectas, merced al escandaloso fraude; ello es que, al compás de los impuestos, aumentan los gastos improductivos, y que con expedientes de arbitrista se está preparando una situacion angustiosa para el Tesoro.—Hé aquí las causas del malestar general

que se siente; hé aquí los justos motivos de alarma que perturban los ánimos, á pesar de la tranquilidad material que disfruta el país.

“Hemos dicho que, á nuestro juicio, hoy, lo mismo que en 1856, no era posible una revolucion política; pero hoy, *lo mismo que en 1854*, creemos que es posible una revolucion moral, una revolucion social, que despues ha de convertirse en revolucion política, y *llegar á extremos que nadie prevé y que pocos desean*.

“Cúidese mucho de que no se llene la medida del sufrimiento; cúidese mucho de que no salga de los lábios de las clases conservadoras de Cataluña el terrible *¡Tant se val!*; porque las consecuencias serian espantosas..... Suplicamos al Gobierno que medite nuestras leales observaciones..... *En su mano, y no en la de los revolucionarios, está el orden público.*”

Por una singular coincidencia, el mismo dia que se publicó en Barcelona el significativo artículo que acabamos de extractar, ocurrió en Madrid una misteriosa alarma. Eran ya las altas horas de la noche, y la poblacion tranquila circulaba por las calles ó llenaba los teatros y los cafés, segun costumbre, cuando se vió sorprendida por un inusitado movimiento: parte de la guarnicion habia sido puesta sobre las armas; la guardia del Principal era reforzada con doscientos hombres; los asistentes de los oficiales recorrian los sitios públicos buscando á sus amos, y entre otras precauciones militares, se adoptaba la de enviar alguna fuerza á la quinta de Somos-Aguas, residencia habitual por aquel tiempo del Duque de Tetuan, á quien sus parciales suponian en peligro de ser asesinado.

La causa de esta alarma, segun los periódicos ministeriales, habia sido un aviso recibido por el Capitan general de Madrid, de que á las once de aquella noche debia estallar un movimiento insurreccional; pero mientras unos atribuian las precauciones tomadas á una falsa delacion y á maquiavélicos manejos de los enemigos del reposo público, afirmaban otros que la noticia fué dada á la autoridad militar por persona imparcial, fidedigna y autorizada. Ninguno decia con claridad quiénes eran los verdaderos ó supuestos perturbadores. Los periódicos progresistas se burlaban de la alarma: sólo *La Nacion* rechazaba indignada la sospecha de que fuese originada por las maquinaciones de su partido, añadiendo: “Háblase con cierto misterio de los motivos de la alarma, y se dan tales pormenores, se insinua *que alcanzan tan alto las aspiraciones de los que se afirma que dirigian el movimiento*, que estamos deseando de todas veras que se descorra el velo de tan misteriosos sucesos.” É insistiendo en pedir explicaciones sobre este asunto, que consideraba de *la más alta sig-*

nificación, escribía las siguientes frases, que el fiscal de imprenta no permitió que circularan:

“¿Contra quién, ó contra quiénes se adoptaron esas graves medidas? ¿Cuáles son los conspiradores, y qué bandera enarbolaban? ¿Es que real y positivamente se movían tropas para asegurar el orden, ó es que ese movimiento constituía en principio el acontecimiento mismo que aparentemente se quería combatir?..... Involuntariamente volvemos la vista á 1854; á aquel tiempo en que se frustró cierta noche un movimiento de insurrección, para llevarse á efecto pocos días después por jefes, al parecer, de la confianza del Gobierno. ¿Estamos por ventura avocados á presenciar sucesos parecidos, cuando la población se halle más tranquila y sosegada? ¿Con qué objeto? — Esto es precisamente lo que nos impele á profundizar cuestión tan grave.”

El mismo periódico, el día antes de la alarma, había publicado, bajo el título de *¡Abajo las caretas!*, un valiente artículo, que terminaba con estas palabras: — “Cuando oigais decir que se conspira, que va á estallar una rebelión, que no hay momento seguro, exclamad, sin temor de equivocaros: *Los conspiradores son los vicalvaristas; los rebeldes son los mismos que los del Campo de Guardias.* — Y acertareis, sin duda.”

En esto llegó á Madrid el artículo de *El Diario de Barcelona*, y uno de los órganos más autorizados del vicalvarismo lo reprodujo sin comentarios. Los periódicos progresistas se apresuraron á darle mayor publicidad, llamando la atención sobre este hecho, como si vieran en él confirmadas la verdad de sus acusaciones y la justicia de sus ataques al Gobierno.

X.

Durante algunos días no se habló de otra cosa que de la agitación producida por el temor de graves trastornos, viniendo á ponerse en claro únicamente que quien había dado aviso á la primera autoridad militar de Madrid era un general unionista. Indudablemente los jefes de este partido conspiraban para imponerse á la Corona y hacerse necesarios, como los únicos capaces de salvar el orden y las más altas instituciones. También conspiraban los progresistas por más que lo negasen, y el general PRIM, á quien no perdía de vista el Gobierno, quiso alejar de sí toda sospecha

en aquellos momentos, marchándose con su familia á Francia, desde donde, segun voz pública, pensaba ir á los baños de Panticosa. En efecto, el General emprendió su viaje el 9 de Julio, y una vez en Francia, es de presumir que no dejase de visitar á la Reina Cristina, siquiera por consideracion á los sentimientos maternales de aquella señora, que mientras sufría un verdadero destierro lejos de dos de sus hijas, veía sucumbir á los golpes de temprana muerte los frutos de su segundo matrimonio.

Durante la ausencia del Marqués de los Castillejos ocurrieron disturbios en Barcelona, Valencia y otros puntos de la Península; disturbios á que daba ocasion el malestar de las clases pobres, justamente irritadas por los recargos impuestos sobre los productos de mayor consumo, pero que seguramente promovian los partidos revolucionarios. El Gobierno, amenazado á un tiempo por sus prepotentes amigos los vicaristas de primera línea, y por sus naturales enemigos; necesitando hacer frente á las maquinaciones de unos y otros, y repartir su vigilancia entre Madrid y San Ildefonso, donde á la sazón residía la Corte, suspendió las sesiones del Parlamento, con ánimo de dar por terminada la legislatura, y á fin de quedar por de pronto desembarazado para obrar en cualquiera eventualidad.

La agitacion revolucionaria iba en aumento, debida sobre todo á la conspiracion latente que los progresistas proseguian, agrupando elementos y abultando su importancia para hacer ver en altas regiones lo formidable de la oposicion. Los demócratas ayudaban, pero podian poco, hallándose profundamente divididos en dos bandos igualmente imbuidos de funestos errores, el individualista y el socialista. Sin embargo, el furor con que se combatian unos á otros, y la violenta exageracion de sus doctrinas, revelaban la fuerza de este partido, y le hacian temible, más que nada por la influencia que en un momento dado podia ejercer sobre las masas ignorantes.

Para hacer frente á aquella superabundancia de vida revolucionaria, el Gobierno mandó cerrar algunos círculos democráticos, y puso entredicho á la prensa, cuyos órganos más calificados de agitadores repetian las amenazas y los recuerdos de los Campos Eliseos: menudeaban las denuncias, y muchos periódicos estaban sometidos al juicio de los tribunales ordinarios, y algunos á los consejos de guerra, con gran complacencia de sus mismos directores. Temíase con fundamento una sedicion militar, y cuando el general PRIM regresó de Panticosa, dióse orden para que los destacamentos de Guardia civil y las autoridades le vigilasen por todo el camino.

El General llegó á Madrid el dia 3 de Agosto, é inmediatamente salió para Francia D. Pascual Madoz con el objeto de tratar de negocios relacionados con la Sociedad de crédito *La Peninsular*, de que era director: su repentino viaje no era por otra parte ajeno á la política. PRIM y Madoz conspiraban de acuerdo en favor de su partido y de la dinastía.

No habian transcurrido treinta y seis horas despues de la llegada del Conde de Reus á Madrid, cuando el Gobierno recibió aviso de que se trataba de sublevar al regimiento de Saboya, sacándolo del cuartel de la montaña del Príncipe Pío, entre dos y tres de la madrugada del dia 5 de Agosto. En consecuencia, durante la noche del 4 se tomaron precauciones militares, el Capitan general de Madrid se presentó en el mismo cuartel, y sin pérdida de tiempo se procedió á la formacion de causa contra el teniente D. Mariano Baena y varios sargentos del expresado cuerpo.

El resultado de las actuaciones puso de manifiesto que las autoridades habian procedido con poco tacto y sobrada precipitacion, facilitando á los conspiradores los medios de borrar instantáneamente las huellas de sus pasos. La prensa ministerial se apresuró á decir al dia siguiente, que esta vez *habia verdaderos culpables*; pero ¿cómo probarlo? De ningun modo, pues no existian más antecedentes que la simple confidencia de un individuo.

Hé aquí todo lo que arrojó de sí aquel ruidoso proceso:

Hallándose de guardia de prevencion el sargento segundo Estéban García, el dia 4 de Agosto, manifestó al primero de su compañía Juan Caballero, que aquella mañana habia sido llamado por el de igual clase Enrique Rodriguez á la oficina de la Tenencia coronela, donde encontró al teniente Baena; que ambos le habian dicho, que en la noche siguiente iba á sublevarse el regimiento, y que si él queria coope- rar al hecho con la guardia, procurando hacerla suya, seria agraciado con el empleo de subteniente; añadiendo que ellos se encargarian de sujetar al capitan de guardia; que debian ponerse al frente de la sedicion el teniente coronel D. Angel Lopez Guerrero y el comandante D. José Bernal, los cuales habian servido antes en el mismo cuerpo, y que á la hora prefijada se presentarian estos á caballo á espaldas del jardin del cuartel, y dispararian un tiro para dar la señal del movimiento.

Al hacer esta confidencia, el sargento García pidió consejo á Caballero, el cual le dijo, que cambiase de guardia con otro, llamado Matías Trillo, que se lo habia pro- puesto por la mañana, y que de no hacerlo, cumpliese con su deber, defendiéndose hasta morir. Caballero comunicó en seguida lo que acababa de oir al coronel del re-

gimiento D. Antonio Gonzalez; y este, segun su declaracion, montó á caballo inmediatamente para ir á dar parte á las autoridades, añadiendo que, á su vuelta, arregó á los sargentos y á la tropa, y que todos respondieron á sus sentimientos hasta con entusiasmo, sin que despues se notara alteracion alguna.

De nada de esto se enteraron los demás jefes, que permanecieron dentro del cuartel desde las tres de la tarde, hora en que el coronel recibió el aviso confidencial, hasta despues de las nueve de la noche: tampoco supieron ni observaron nada los oficiales hasta las diez y media, en que dicho coronel comenzó á tomar precauciones, poniendo reten y doblando la guardia.

El Capitan general se presentó en el cuartel á las doce de la noche, despues de haber dictado las disposiciones que creyó convenientes. Llegó la hora señalada para el movimiento, y nada sucedió. ¿Ni cómo habia de suceder? Los promovedores y los cómplices de la sedicion estaban avisados con mucha anticipacion: los acusados podian negar resueltamente la culpabilidad que se les imputaba, no habiendo contra ellos más testimonio que lo dicho por el sargento García; pues Caballero y el coronel nada sabian, y solo hablaban por referencia.

En cuanto á las personas indicadas como jefes del movimiento, nadie las vió. El teniente coronel Guerrero estaba en Ciudad-Real, segun lo que pudo averiguarse, y el comandante Bernal no se sabia donde paraba.

Las autoridades y el Gobierno procedian, sin embargo, como si tuviesen conocimiento exacto de la conspiracion y de sus autores, redoblando las precauciones el dia 5 y los siguientes, y propasándose á tomar serias providencias con algunos militares. El general PRIM se presentó el dia 6 al Capitan general, como de vuelta de su viaje, cumpliendo con la Ordenanza, y nada se le dijo; pero á los dos dias, se mandó salir de Madrid al general Contreras y al coronel Conde de Cuba, destinados, el primero de cuartel á la Coruña, y el segundo de reemplazo á Oviedo. El brigadier Milans fué enviado á Canarias, y el coronel D. Amable Escalante á una de las islas Baleares: otros varios jefes y oficiales fueron trasladados á diferentes cuerpos de aquellos en que servian, y el coronel Gonzalez, el mismo que habia dado parte del complot de la Montaña, fué separado del mando del regimiento de Saboya.

Menester era que el Gobierno tuviese informes muy seguros para proceder del modo que lo hacia con estos militares, conocidos los más de ellos por sus antecedentes progresistas ó por haber servido á las inmediatas órdenes del Conde de

Reus; pues al obrar así, aunque lo hiciera dentro de sus atribuciones, no podia menos de incurrir en la nota de arbitrario, en atencion á la carencia absoluta de pruebas legales que justificaran sus actos. Pero nada le detenia, y su arbitrariedad llegó á traspasar los límites de la conveniencia política.

Pocos dias despues de lo ocurrido en la montaña del Príncipe Pio, el Ministro de la Guerra llamó, por medio de un ayudante, al Marqués de los Castillejos; y habiendo este acudido á la cita, le dijo que el Gobierno veria con gusto que usase de la licencia que tenia para viajar por el extranjero. El general PRIM le contestó que no tenia necesidad de viajar. Se le dijo entonces que el Gobierno habia acordado su salida de Madrid en el término de veinticuatro horas, señalándole La Coruña por punto de residencia. El General protestó en el acto contra esta medida, sin perjuicio de hacerlo más tarde en términos legales por medio de una exposicion á la Reina primero, y desde su puesto en el Senado despues, negándose terminantemente á salir de Madrid antes del dia 15, y exponiendo varias razones atendibles que tenia para no aceptar La Coruña como punto de residencia. El Ministro manifestó su conformidad con lo que le habia dicho el General; pero añadiendo que consultaria por el telégrafo á sus compañeros de Gabinete, que se hallaban en la Granja. No tardó en llegar la contestacion. Era esto el dia 11: el Gobierno no podia esperar más que hasta el 13: el Conde de Reus podia elegir el punto que quisiera, no siendo Cataluña, Aragon, Valencia, Logroño, ni otra poblacion alguna que estuviera enlazada con Madrid por medio del ferro-carril. En consecuencia, se decidió que fuese á Oviedo.

Inmediatamente se esparció por Madrid la noticia, comunicada sin duda por la Tertulia progresista á los comités de barrio, y se preparó una manifestacion popular en muestra de simpatía hácia el general desterrado, y de reprobacion al Gobierno que atropellaba los fueros de un Senador, sin fundamento conocido.

La Iberia publicó el dia 12 un ingenioso suelto, en que decia:

“Vamos á ser ministeriales, siquiera una vez. Vamos á prestar un servicio al Gobierno y á sus agentes. Queremos aliviarles, hasta donde nos sea posible, del miedo que se traduce en todos sus actos.

“Puesto que *las medidas transcendentales* se han reducido al cambio de domicilio del general PRIM y de algunos otros dignos militares, y que con esto cree el Gobierno salvado el orden público, vamos á trazarle el camino que ha de seguir nuestro amigo desde la salida de su casa hasta que llegue á su destino.—Por hoy nos concre-

taremos á Madrid; pues en las estaciones del ferro-carril se encontrarán ya los mismos agentes que habia en otras, cuando verificó su regreso de Panticosa.

“Saldrá de su casa de la calle de Alcalá el 13, ó sea mañana, á las dos de la tarde: cruzará la Puerta del Sol, calle del Arenal; continuará por la plaza de Isabel II, plaza de Oriente y calle de Bailen. Desde allí á la estacion no hay más camino que la bajada de San Vicente.

“Dóblense las guardias; cele la policía; moléstese á la guarnicion; tómense toda clase de precauciones..... ¿Para qué? Para presenciar el ridículo del Gobierno, contrastando con la dignidad de un partido, á quien purifican las deserciones, enseña la ingratitud y dan fuerza para triunfar las persecuciones y los desheredamientos.,

Las autoridades se alarmaron al ver el anuncio de *La Iberia*, y el Consejo de Ministros deliberó por la tarde acerca de lo que habia de hacerse para impedir la manifestacion proyectada por los amigos del general PRIM, acordando no hacer nada que coartase la libertad de aquellos, mientras no abusasen de su derecho; pero que, si peligraba la tranquilidad, el Gobierno aplicaria para conservarla las facultades de que se hallaba investido por la ley recientemente aprobada sobre reuniones públicas.

Durante la noche parece que el Gobierno recibió más detalladas noticias acerca de la manifestacion preparada, y concibió temores de que se hiciese algo para impedir la marcha del general PRIM; por lo cual se trató de obligarle á partir repentinamente en la madrugada del 13, y de que suspendiese su viaje hasta la noche ú otro dia. Por último, en la mañana siguiente, se presentó el gobernador militar de Madrid, señor Cervino, en casa del Marqués de los Castillejos, y comunicó á este de parte del Ministro de la Guerra, que siendo posible que los enemigos del orden se aprovecharan de la cita dada por *La Iberia* para promover algun trastorno, el Gobierno creia conveniente que aquel se trasladara á la estacion del ferro-carril del Norte, no por las calles designadas por dicho periódico, sino por el camino de Ronda.

El general PRIM se lamentó de que el Gobierno hiciera caso de ciertas acusaciones; pero dijo que no tenia inconveniente alguno en acceder á sus deseos, anunciando, sin embargo, que pondria esta nueva exigencia en conocimiento de los periódicos progresistas, para que por su conducto llegase á noticia de sus amigos.

A las dos de la tarde habia ya multitud de personas en la calle de Alcalá, y se

formaban numerosos grupos en la Puerta del Sol y en las demás calles por donde se creía que debía pasar el general PRIM. Este salió de su casa con el sombrero en la mano, y acompañado de varios de sus amigos particulares. Antes de subir á la carretela que le aguardaba, saludó á las personas que habian acudido á despedirle, y tomando el carruaje, se dirigió por el Prado, ronda de Valencia, paseo de Embajadores y Campo del Moro á la estacion del ferro-carril.

Detrás del coche del Marqués de los Castillejos iban unos ochenta carruajes, ocupados por hombres políticos y periodistas de los partidos progresista y democrático y por varios amigos particulares del General. Cuando este llegó á la estacion, ya se habian replegado sobre la misma todos los que, siguiendo la indicacion de *La Iberia*, habian acudido á las calles de Alcalá y del Arenal, y que hasta la última hora no se habian enterado del cambio de itinerario.

A la vista del carruaje, diéronse algunas voces de ¡viva el general PRIM!, y muchos oficiales y soldados de la fuerza encerrada en el cuartel de la montaña del Príncipe Pio saludaron desde las ventanas.

El Gobierno habia tomado precauciones, como si temiese un serio conflicto, concentrando en Madrid toda la Guardia civil de los destacamentos inmediatos, disponiendo que muchas parejas de este cuerpo y los agentes de policía rondaran por los sitios que creyó amenazados de algun tumulto, y manteniendo á las tropas sobre las armas en los cuarteles. El público en general apenas se apercibió de estas medidas, que, aunque prudentes, eran de todo punto inútiles, pues nadie pensaba en promover un motin aquel dia.

Poco antes de llegar á la estacion el Marqués de los Castillejos, la empresa mandó abrir las puertas al público, que en número de unas ochocientas á mil personas invadió los andenes. Cuando entró el General fué entusiastamente saludado, y antes de bajar del coche, se despidió de todos, manifestando su gratitud por las demostraciones de afecto que se le hacian, recomendando la prudencia, y diciendo que tenia un puesto en el Senado, y que desde él pediria cuenta de la arbitrariedad con que era tratado. En seguida ocupó un departamento de un coche de primera clase, con los señores Aguirre, Alonso (D. Juan Bautista), Ruiz Zorrilla y Santos Alvarez; dió la mano á cuantos pudieron acercársele, y á poco partió el tren en medio de las aclamaciones de la multitud, oyéndose una voz que gritaba:—“General, hasta la vuelta.”

Los progresistas y demócratas que acudieron á la estacion, y muchos que,

por no saber el cambio de itinerario, habian aguardado en las calles hasta muy tarde, se retiraron con el mayor orden y compostura.

Durante el viaje del general PRIM á Oviedo, se repitieron las demostraciones entusiastas de sus correligionarios políticos, y ocurrieron varios incidentes que revelaban el cuidado que ponía el Gobierno en vigilarle. Sin embargo, en muchas estaciones se acercaron á saludar al viajero con la mayor deferencia los jefes de los puestos de Guardia civil. En la de Ávila, se vió al Gobernador civil, paseándose por el andén, pero haciendo que no miraba al coche del Conde de Reus. En la de Valladolid, mientras el Gobernador estaba en la fonda rodeado de la policía, no se permitió al coronel Gaminde salir al andén, adonde estaba prohibido que se acercase ningun jefe ni oficial de subteniente arriba. Esto no impidió que los progresistas vallisoletanos, en gran número, acompañasen al General hasta la fonda en que se hospedó. En Leon fué recibido por el Comité de aquella ciudad, y muchas personas que se apresuraban á saludarle. Quiso aquel Comité obsequiarle con un almuerzo y una serenata, pero el Gobernador no tuvo á bien conceder el permiso que se le pidió, y siendo Domingo, se impidió que circularan las músicas de jóvenes que solian recorrer algunos barrios en las noches de los dias festivos: la casa donde se hospedó el General estuvo constantemente vigilada.

El dia 15 partió de Leon para Astúrias el Conde de Reus, siendo despedido por todos los progresistas de la ciudad, que le saludaron con estusiastas aclamaciones, en el acto de ocupar su asiento en la silla-correo; y á las tres de la madrugada del 16 llegó á Oviedo, yendo á hospedarse en casa del Sr. Marqués de Campo-Sagrado, hijo político de doña María Cristina de Borbon.

XI.

Para que el destierro del general PRIM y las demás disposiciones adoptadas respecto de otros militares no tuviesen el carácter de arbitrariedad que los contrarios del Gobierno se complacian en atribuirles, habria sido menester que apareciese demostrada, no solo la conspiracion que se llamó *de la Montaña*, sino tambien la complicidad en ella de los que eran tratados como sospechosos. Pero el proceso formado con este motivo no arrojó luz ninguna, y el Consejo de guerra de oficiales gene-